

MAURICIO PASTOR MUÑOZ

LOS GLADIADORES

El fascinante espectáculo de los *munera gladiatoria* en el mundo romano

GRANADA
2018

COLECCIÓN HISTORIA

Director: Rafael G. Peinado Santaella (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada).

Consejo Asesor: Inmaculada Arias de Saavedra Alías (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Granada); Antonio Caballos Rufino (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla); James Casey (profesor emérito de la Universidad de East Anglia); José Fernández Ubiña (catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Granada); Miguel Gómez Oliver (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada); Antonio Malpica Cuello (catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Granada); Miguel Molina Martínez (catedrático de Historia de América de la Universidad de Granada); Juan Sisinio Pérez Garzón (catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha); Joseph Pérez (profesor emérito de la Universidad de Burdeos y director honorario de la Casa de Velázquez); Ofelia Rey Castelao (catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela); María Isabel del Val Valdivieso (catedrática de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid).



Calidad en
Edición
Académica

Academic
Publishing
Quality

© MAURICIO PASTOR MUÑOZ
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
LOS GLADIADORES. EL FASCINANTE ESPECTÁCULO DE LOS
MUNERA GLADIATORIA EN EL MUNDO ROMANO.

ISBN: 978-84-338-6240-2. Depósito legal: GR./487-2018.

Edita: Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja. 18071, Granada.

Tel.: 958 24 39 30 - 958 24 62 20

Web: editorial.ugr.es

Fotocomposición: motu estudio

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote, Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

«(plebs) nunc se / continet atque duas tantum res anxius
optat / panem et circenses»

(JUV. *Sat.* 10, 80-81)

«... ut qui sciret populum Romanum duabus praecipue
rebus, annona et spectaculis, teneri»

(FRON. *Hist.* 17, *Princ.*)

A Virginia, Leticia, Mauricio Ángel, Héctor Felipe,
Dafne, Marta, y el *nasciturus*.

CONTENIDOS

PRÓLOGO.....	11
CAPÍTULO I	
<i>Munera gladiatorum</i> . Origen del deporte espectáculo de masas	21
CAPÍTULO II	
Violencia y pasión en los juegos de gladiadores.....	51
CAPÍTULO III	
Educación y entrenamiento en el <i>Ludus</i>	89
CAPÍTULO IV	
Guerra y <i>munus gladiatorium</i>	115
CAPÍTULO V	
<i>Munera gladiatorum</i> . Mujeres gladiadoras	133
CAPÍTULO VI	
Las reformas de Augusto en los <i>munera gladiatoria</i>	157
CAPÍTULO VII	
Muerte en la arena. Formas de morir de los gladiadores.....	185
CAPÍTULO VIII	
<i>Munera et venationes</i> . El oficio de gladiador en <i>Mauritania Tingitana</i>	217

CAPÍTULO IX	
El final de los <i>munera et venationes</i> en <i>Lusitania</i>	233
CAPÍTULO X	
<i>Némesis</i> y su culto en los anfiteatros hispanos.....	263
CAPÍTULO XI	
Los <i>Ludi Romani</i> como forma de corrupción.....	309
CAPÍTULO XII	
Propaganda electoral y <i>Ludi Romani</i>	323
CAPÍTULO XIII	
El Concilio de Elvira y los Juegos Romanos.....	345
LÉXICO DE LA GLADIATURA.....	357

PRÓLOGO

EL *MUNUS GLADIATORIUM* era el más popular de todos los espectáculos que se ofrecían en Roma y en el Imperio. Hoy día los combates de gladiadores levantan un gran interés entre la gente, fascinada por muchos de los aspectos que rodeaban aquellas luchas y la vida de aquellos hombres. Libros, artículos, películas, series de televisión y muchos otros productos culturales aparecen cada año en el mercado para continuar alimentando esa fascinación por el tema. Pero, con frecuencia, esos productos extienden entre la opinión pública ideas erróneas sobre el espectáculo gladiatorio.

Este libro, en el que se recogen una serie de trabajos publicados por el autor desde 2002 hasta el presente en diferentes libros y revistas de investigación, pretende mostrar la imagen más rigurosa posible de lo que fue el mayor espectáculo deportivo del mundo romano durante siglos. Nuestras fuentes de documentación han sido necesariamente las fuentes clásicas, literarias, epigráficas, y arqueológicas, de las que hemos extraído toda la información sobre los gladiadores y su evolución a lo largo del Imperio Romano. Así mismo, nos hemos nutrido también de la bibliografía actual más acreditada sobre el tema.

Los combates de gladiadores han sido tradicionalmente y de manera habitual mal interpretados por muchos de los estudiosos que los han tratado. Se han considerado como espectáculos que siempre terminaban con la muerte de uno de los contendientes, cuando la verdad es que esto no era así, pues en la mayoría de las ocasiones ambos luchadores salían de la arena con vida. Por tanto, no era la muerte entorno a lo que giraba este espectáculo, sino que de lo que se trataba era de una exhibición de destreza, fuerza y resistencia, de mostrar los valores de una sociedad altamente militarizada que vivía por y para la guerra.

Actualmente se acepta, en términos generales, que los combates de gladiadores constituían uno de los deportes más atractivos del mundo antiguo. Y, sin duda, podemos añadir, el mayor espectáculo deportivo del mundo romano. M. Golden, por ejemplo, compara la ideología, iconografía y riesgos de los gladiadores con los de los competidores de los deportes de combate griegos (lucha, pugilato y pancracio); ambos (gladiadores y luchadores griegos) eran competidores dotados y preparados física y tácticamente, que competían de acuerdo a unas reglas, por lo que el vencedor

de la competición era impredecible. Además, ambos tipos de combate estaban regulados por árbitros y tenían lugar ante un público que acudía para disfrutar del espectáculo¹. En cualquier caso, pese a todas las pegadas morales que una visión actual pueda encontrar en los combates de gladiadores, la evidencia sugiere que debemos considerarlos como un deporte, tal y como hacemos hoy con el boxeo, artes marciales y otros deportes de lucha.

La mayoría de los estudiosos que se muestran contrarios se basan en que la muerte siempre estaba presente en el combate gladiatorio, pero ello no es suficiente, toda vez que la muerte también era frecuente en la lucha, el pugilato, el pancracio y, sobre todo, en las carreras de carros². Algunos autores creen que la gladiatura no puede considerarse como deporte, puesto que muchos de sus practicantes eran esclavos, y no lo hacían por voluntad propia, sino forzados. Esto no es totalmente cierto, puesto que también existían gladiadores que eran ciudadanos libres y que voluntariamente elegían competir en ese deporte, como los *auctorati*, que, además, solían ser los mejores gladiadores, tal y como reflejan las fuentes escritas. Por tanto, para los *auctorati*, no hay la menor duda de que la gladiatura era un deporte. Pero más importante que todo lo que podemos pensar, influidos y condicionados por nuestra actual visión de la realidad, es cómo veían los romanos la gladiatura. Los testimonios de la época nos dicen que los espectadores de entonces consideraban a gladiadores, púgiles, luchadores, pancracistas, etc. como una misma cosa: *athletae* (deportistas), y opinaban que aquello que practicaban era deporte³. Uno de los testimonios más importantes lo da Cicerón cuando, al hablar de porqué los hombres desean

1. Cf. J. E. LENDON, «Gladiators», *Classical Journal*, 95, 2000, p. 400; M. GOLDEN, *Sport in the Ancient World from A to Z*, Londres, 2004, p. 68 ss.; M. PASTOR y A. MAÑAS, «*Munera gladiatoria*. Origen del deporte espectáculo de masas», *Florentia Iliberritana*, n. 21, 2010, pp. 291-321.
2. Cf. J. EBERT, *Griechische Epigramme auf Sieger an gymnischen und hippischen Agonen*, Berlín, 1972, pp. 142-144, n.º 44; PAUSANIAS, 6.9.6-8; PLUTARCO, *Rómulo*, 28; FOCIO, *Bibliotheca*, 190, 151a; FILÓSTRATO, *Imágenes*, 2.6.4; TEOCRITO, *Idilios*, 22.80; vid. también, A. FORBES, «Accidents and fatalities in Greek athletics», *Classical Studies for W. A. Oldfather*, 1943, p. 57; R. BROPHY, «Deaths in the Pan-Hellenic games II: All combative sports», *AJP*, 106, 2, 1985, p. 198; M. B. POLIAKOFF, «Deaths in the Pan-Hellenic games: *Addenda et corrigenda*», *AJP*, 107, 3, 1986, p. 400; N. B. CROWTHER, «Reflections on Greek Equestrian events, Violence and spectator attitudes», *Nikephoros*, 7, 1994, p. 129; M. JUNKELMANN, «On the starting line with Ben-Hur: chariot racing in the circus Maximus» en E. KÖHNE, y C. EWIGLEBEN (eds.), *Gladiators and Caesars: The Power of Spectacle in Ancient Rome*, Berkeley, 2000, p. 86.
3. C. MANN, «Gladiators in the Greek East: A Case Study in Romanization», *The International Journal of the History of Sport*, 26, 2, 2009, p. 281; M. CARTER, «Gladiators and Monomachoi: Greek Attitudes to a Roman 'Cultural Performance'», *The International Journal of the History of Sport*, 26, 2, 2009, pp. 298-322.

practicar con las armas, cita los dos motivos posibles para un romano: a) por deporte (*ludus* = deporte gladiatorio) y b) por luchar (*pugnare* = enroscarse en el ejército)⁴.

Los deportes sangrientos (pancracio, pugilato, gladiatura, carreras de carros) eran aceptables para el mundo antiguo porque la violencia estaba institucionalizada en su sociedad, era la base de su mundo; la victoria de los griegos sobre los persas, el Imperio de Alejandro, el Imperio romano, el control sobre los esclavos, etc. todo estaba basado en el uso de la violencia con derramamiento de sangre⁵. Sin violencia su mundo habría dejado de existir, por lo que era lógico que una determinada cantidad de violencia estuviese presente en sus deportes. Roma fue la que logró un imperio mayor, debido a un mayor uso de la violencia, mediante el *gladius*, por lo que parece razonable que su deporte nacional fuese el del *gladius*. Por tanto, ni la violencia ni el deporte gladiatorio eran criticables desde el punto de vista de la moral, la religión o la tradición romanas, sino todo lo contrario, eran ensalzados por estas.

En el deporte gladiatorio luchaban con armas y la muerte estaba presente, pero no porque ello era el rasgo distintivo de este deporte, sino porque en una sociedad tan militarizada y violenta como la romana esos dos elementos estaban presentes en todos los aspectos de la vida. Un deporte que no los contuviese era considerado como una mojigatez, como algo alejado de la realidad y, de hecho, ese fue uno de los motivos por el cual el deporte griego nunca terminó de calar en Roma; para una sociedad que había llegado a donde estaba gracias a conquistar todo el mundo conocido, dedicarse a correr, lanzar o saltar sin un fin bélico les parecía un sin sentido que nunca entendieron⁶. En el deporte gladiatorio había que ser ágil, rápido, fuerte y resistente, tanto de cuerpo como, de espíritu; se corría, se saltaba y se lanzaba, pero dentro de un marco bélico, orientado a un fin militarista. Un buen gladiador exhibía las cualidades, físicas y morales, que eran deseables en un buen soldado, y mediante su ejemplo y la admiración que creaba en las gradas alentaba en los espectadores que lo veían el deseo de ser buenos soldados y, en el caso de las mujeres, el deseo de casarse con un buen soldado y de ser madres de hijos que tuvieran esas cualidades. Así, lo esencial del deporte gladiatorio era mostrar esas cualidades. El hecho de que las armas estuviesen afiladas y pudiesen producir heridas, o que al vencido que combatía mal se le condenase a muerte, no eran sino elementos

4. CICERÓN, *De Oratore*, 2.20.84: «*Sed videant, quid velint: ad ludendumne, an ad pugnantum armasint sumpturi: aliud enim pugna et acies, aliud ludus campusque noster desiderat; attamen ars ipsa ludiera armorum et gladiatorum et militi prodest aliquid*».

5. R. MANDELL, *Historia cultural del deporte*, Barcelona, 1984, p. 81.

6. CICERÓN, *De Re Publica*, 4. 4; TÁCITO, *Annales*, 14. 20; PLINIO, *Nat. Hist.* 35.13; LUCANO, *Pharsalia*, 7.270-72.

secundarios, propios de aquella forma dura de ver la vida; pensar que no hubiesen usado armas afiladas o que no hubiesen matado al vencido que había luchado mal sería tan impensable y les habría parecido tan ridículo como si hoy pidiésemos a un futbolista que juegue con rodilleras para protegerse esa articulación que tanto se lesiona, o a los boxeadores que no se golpeen en la cabeza porque a veces se matan, o a un piloto de moto GP o Fórmula 1 que «no corra mucho» no vaya a ser que se estrelle. Las heridas y la muerte eran vistas por los gladiadores, y por quienes les observaban, como algo inherente al oficio que les daba de comer, y un gladiador que había combatido de modo miserable y cobarde no merecía otra cosa más que la muerte, para borrar así su vergüenza de la faz de la tierra. Del mismo modo, el gladiador que había mostrado destreza y habilidad en el uso de sus armas, a la par que coraje, consideraban que merecía el premio.

Por tanto, era un deporte y un espectáculo, no una carnicería sin más, y quien solo ve esto se queda corto en la comprensión del mundo antiguo. El mundo romano no puede contemplarse con los mismos ojos del mundo actual, sino con los ojos de un ciudadano de entonces, de su época⁷.

En opinión de R. Auguet, «los romanos no consideraban el enfrentarse a la muerte como un acto indigno o de «excepcional heroísmo, sino que ese era el modo normal de probar que uno era romano»⁸. De hecho, una demostración de valentía era considerada por ellos como un espectáculo genuinamente romano⁹. En efecto, parece como apunta T. Wiedemann, que «el combate a espada era un valor básico del mundo romano, es en este contexto que debemos considerar la institución del *munus*... apelaba a algo central para la identidad romana»¹⁰.

Roma era un estado guerrero, acostumbrado a la violencia y a la crueldad, por lo que los espectáculos que hoy tildamos de violentos no en-

7. D. NARDONI, *I gladiatori romani: nei riquadri del museo Borghese*. Roma, 1989, p. 18 n.18 dice: «Muerte y vida tenían otra consideración en el mundo antiguo y en la conciencia de nuestros antepasados. El modo distinto en que nosotros vemos la vida y la muerte nos lleva a juicios erróneos sobre aquellos hombres que sabían usar la vida, que sabían disfrutarla y sabían también darla, porque estaban convencidos de que *vita in usu non mancipio datur; Natura nihil homini brevitae vitae praetesti melius; Eripere vitam nemo non homini potest at nemo mortem* ». En el mismo sentido, P. ZANKER, *Un'arte per l'impero*, Milán, 2002, pp. 38-39.

8. R. AUGUET, *Crueldad y civilización: Los juegos romanos*, Barcelona, 1972, p. 198.

9. Cf. G. VILLE, *La gladiature en Occident des origines à la mort de Domitien*, Roma, 1981, pp. 267-270; P. PLASS, *The Game of Death in Ancient Rome: Arena Sport and Political Suicide*, Madison, 1995, p. 65.

10. T. WIEDEMANN, *Emperors and Gladiators*, Londres, 1992, p. 98.

contraron oposición en aquella sociedad¹¹. El concepto moderno de compasión o de ‘ser humanitario’ simplemente no existía en lo que concernía a hacer daño a seres humanos o animales¹², e incluso las élites intelectuales, Cicerón o Plutarco, por ejemplo, a menudo criticaban a la audiencia de estos espectáculos por lo fácilmente que se dejaba emocionar, acusándoles de blandos por sentir compasión por individuos que no merecían ninguna¹³. No obstante, por encima de todo la gladiatura levantaba la admiración de todos, plebeyos o patricios, pueblo o aristocracia. Todos alababan la disciplina militar y la aceptación de la muerte que el gladiador mostraba en la arena. Pero lo que más admiraban –por encima de todo– era el proceso de entrenamiento que había logrado que un ser despreciable, *infamis*, hubiese adquirido tales cualidades, propias del más noble soldado romano. De hecho, las élites intelectuales (Cicerón, Séneca, etc.) consideraban que el deporte gladiatorio educaba a la gente, sobretodo, a los que habrían de ser los futuros soldados, ya que les enseñaba que mediante entrenamiento y disciplina podían lograrse las más altas virtudes romanas: disciplina, obediencia, *amor mortis*, etc., les enseñaba cómo comportarse ante el dolor y la muerte; los gladiadores soportaban heridas sin contraer el gesto y si habían de morir lo hacían con honor¹⁴. Ante la imposibilidad de llevar a los niños al campo de batalla para educarlos, se traía la batalla a los niños para que pudiesen así tener una educación completa. La escuela les educaba en todas las materias, pero la educación militar la recibían en el *ludus* y en el anfiteatro.

Paradójicamente, pese a que la gladiatura se explica por los tiempos de violencia y guerra en que vivió la sociedad en que surgió, su gran popularidad se debió sobretodo a la disminución de conflictos bélicos durante el Alto Imperio. Conforme el Imperio creció, la seguridad de este fue mayor, lo que significó que cada vez había un mayor número de ciudadanos que no habían tenido jamás experiencia en el combate, por lo que envidiaban

11. Cf. M. PASTOR, «El uso de la violencia en los *munera gladiatoria*», en G. BRAVO y R. GONZÁLEZ SALINERO (eds.), *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, Ed. Signifer Libros, 26, pp. 187-202; M. PASTOR MUÑOZ y H. PASTOR ANDRÉS, «Violencia y pasión en los juegos gladiatorios», en M. PASTOR, M. VILLENA y J. L. AGUILERA (eds.), *Deporte y Olimpismo en el mundo antiguo y moderno*, Granada, 2008, pp. 163-206.

12. T. WIEDEMANN, *Op. Cit.* pp. 128-145.

13. PLUTARCO, *Moralia*, 554b, crítica a la audiencia que llora al ver como arden vivos unos condenados a la *tunica molesta* mientras bailan la pírrica, cf. P. SABBATINI, «Pyrricharii», *Parola del passato*, 25 (1970), p. 338; E. GABBA, «Storiografía greca e imperialismo romano», *Rivista storica italiana*, 86 (1974), p. 638, considera que es difícil hablar de humanidad en lo concerniente al pueblo romano y a su política en general.

14. SÉNECA, *De Constantia*, 16.2; *Epistulae*, 30.8; CICERÓN, *Philippicae*, 3.14.35.

a los pocos «afortunados» que sí la habían tenido. Por tanto, lo militar se fue idealizando en este grupo de ciudadanos no combatientes, progresivamente más y más fascinados por las virtudes militares (disciplina, destreza con la espada, dureza de carácter, etc.) y, en consecuencia, con el hombre que las encarnaba todas ellas en el contexto en que vivían; el gladiador. Así fue como el gladiador se convirtió en un mito, en la estrella y símbolo de aquella sociedad.

Esta atracción por la guerra también ayuda a explicar porqué preferían los duelos individuales (*monomachia*) en lugar de los combates en grupos (*gregatim*). El combate de la pareja evocaba la fascinación del tradicional duelo singular de los tiempos míticos (como el de Aquiles contra Héctor), que ya para entonces se veía como una cosa muy del pasado debido a las nuevas formas de guerra; la importancia de la acción militar individual había pasado a un segundo plano tras la transición a la forma de guerra hoplita. En esta época ya no era posible ver en los campos de batalla duelos singulares, dado que la estrategia de las falanges de hoplitas había mostrado que la solidaridad grupal y la disciplina colectiva eran militarmente más eficaces para lograr la victoria en la batalla que el luchar de forma individual. La guerra en Roma era ya un «deporte de equipo» jugado por unidades de varios hombres que se movían en bloque, como si cada unidad fuese una pieza de ajedrez, no dejando ningún protagonismo a la acción individual¹⁵. Ya no podía hacerse uno famoso por realizar acciones heroicas en el campo de batalla, sino que la función más estimable y destacable que podía hacer un buen soldado era precisamente todo lo contrario, no destacar, sino seguir las órdenes y hacer exactamente lo mismo que el resto de sus miles de compañeros. En esta época, los gladiadores eran los únicos que mantenían duelos singulares, y esto nos ayuda a entender porqué los combates gladiatorios atraían tanto a los romanos. En realidad, el gladiador podía hacer lo que ya nadie hacía: exhibirse en solitario con la espada ante miles de personas, todas pendientes de su persona. En este aspecto, el gladiador era envidiado por todos, incluso por los propios emperadores.

El *munus* también era una representación a escala de la conquista del mundo por Roma; sobre la arena ponían a los hombres y bestias de todas las regiones del mundo sometidas por Roma, ahí podía verse todo

15. Cf. M. P. NILSSON, «The Introduction of Hoplite Tactics at Rome: Its Date and Its Consequences», *The Journal of Roman Studies*, 19, 1929, pp. 1-11; vid. también, S. P. OAKLEY, «Single Combat in the Roman Republic», *The Classical Quarterly*, 35, 2, 1993, pp. 392-410.

el mundo dominado por ellos¹⁶. Un espectáculo sin duda atrayente para cualquiera.

Igualmente, el *munus* ofrecía al plebeyo la posibilidad, ahí sentado en la grada viendo el combate, de poder olvidar las amarguras de su miserable existencia, de poder sentirse por unas horas, al menos, poseedor de un estatus superior al que tenía a diario, capaz de decidir sobre la vida de otras personas, de mandar a alguien a la muerte en el acto o de darle unos días más de vida. Y, con fortuna, le daba incluso la posibilidad de poder salir de esa humilde vida que llevaba, si tenía suerte con las apuestas o con los sorteos que se realizaban en el anfiteatro. En la actualidad, más de dos mil años después, la gran mayoría de personas que se sientan en un estadio o que siguen un partido de fútbol a través de los medios de comunicación, lo hacen por las mismas razones que lo hacían los romanos: sentirse poderoso al poder gritar a alguien o intentar hacerse rico mediante las quinielas y apuestas.

Otro aspecto que enganchaba a los espectadores del anfiteatro era el deseo por ver la evolución de los gladiadores, o como dicen los psicólogos la «anticipación del futuro»¹⁷. Hoy nos engancha la liga de fútbol durante los nueve meses que dura porque deseamos ver lo que pasa en cada jornada de competición, cómo van evolucionando los equipos y los jugadores, quién ganará finalmente, etc. Por contra, el deporte gladiatorio no tenía una liga ni otro tipo de formato de competición (eran simplemente combates independientes) porque realmente no necesitaba de ese recurso para enganchar a los espectadores, ya que seguir la evolución del gladiador, de la cual dependía su vida, era atractivo suficiente. Cualquiera que fuese el gladiador al que animabas, o al que odiabas, si querías seguir su evolución tenías que ir a todas y cada una de sus actuaciones, ya que si decidías no ir a verlo una semana, sino a la siguiente, puede que para entonces ya estuviese muerto y no volverías a verlo. Y es más, llegarías a pensar que si hubieses estado en la grada tu petición de libertad podría haberle salvado la vida, por lo que incluso podrías sentirte culpable¹⁸. ¿Seríamos nosotros capaces de no ir a ver un partido, o perdérmolo por la TV, si cada encuentro pudiese ser el último de cada estrella futbolística, si la vida de ellos, o la muerte del

16. SUETONIO, *Vitellius*, 13.2: «*Hanc quoque exsuperavit ipse dedicatione patinae, quam ob immensam magnitudinem clipeum Minervae πολιοῦχου dictitabat. In hac scarorum iocinera, phasianarum et pavorum cerebella, linguas phoenicopterum, murenarum lactes a Parthia usque fretoque Hispanico per navarchos ac triremes petitarum commiscuit*».

17. Cf. A. K. MacLEOD, «Anxiety, Depression, and the Anticipation of Future Positive and Negative Experiences», *Journal of Abnormal Psychology*, 105, 2, 1996, pp. 286-289.

18. Cf. K. L. WAKEFIELD, «An Examination of Dysfunctional Sport Fans: Method of Classification and Relationships with Problem Behaviors», *Journal of Leisure Research*, 38, 2, 2006, pp. 168 ss.

contrario, dependiese de nuestros gritos y gestos en la grada? Seguramente no; ninguno querría perderse el último partido de Pelé, Cruyff, Maradona, Beckham, Messi, Ronaldo o la Selección. Por eso mismo, durante cinco siglos la gente se agolpó un día sí y el otro también en las gradas de los anfiteatros romanos del Imperio.

Otros aspectos en los que el espectáculo gladiatorio era algo único comparado con formas de espectáculo anteriores era la conjunción de institucionalización cultural, eficiencia organizativa y lujo. En cuanto a institucionalización cultural por parte del estado romano, podemos decir que éste consideraba al espectáculo gladiatorio como un instrumento de romanización, por lo que contaba con todo su apoyo y recursos. Nunca los Juegos Olímpicos tuvieron el mismo nivel de apoyo por parte de las polis griegas. La gladiatura, en cambio, contaba con el apoyo de todo un Imperio¹⁹. Sobre el nivel organizativo, aunque el de Olimpia era alto, no podía compararse con lo que se veía en los anfiteatros del Imperio y, desde luego, tampoco admite comparación el lujo que se empleaba en ambos espectáculos.

Y del mismo modo, el espectáculo gladiatorio fue único en el grado de expansión que logró; nunca antes, ni nunca después, hasta el siglo XX con la expansión del atletismo o del fútbol, un mismo espectáculo se había exhibido en tantas partes del mundo y, además, a un mismo tiempo. Por compararlo con otro espectáculo de la antigüedad podemos citar de nuevo el deporte griego, muy profusamente practicado en Grecia y sus colonias, y con un muy desarrollado circuito de competiciones y juegos (Juegos Olímpicos, Nemea, Corinto, Delfos). Toda ciudad griega tenía sus juegos. No obstante, fuera del ámbito griego, ese espectáculo no era exhibido, ni apenas se sabía de él. Roma actuó de forma diferente: en todo el mundo conocido se celebraban combates de gladiadores, gladiadores que provenían de todas esas zonas y que entraban en el circuito competitivo, cuyo peldaño más alto era —para quienes resultaban ser lo suficientemente buenos como para llegar a él— combatir en el Coliseo, el anfiteatro de la capital del mundo, la *Urbs* por excelencia, donde se desarrollaba la competición de los mejores gladiadores del Imperio²⁰.

19. C. GUNDERSON, «The ideology of the arena», *Classical Antiquity*, 15, 1996, p. 113; M. CARTER, *op. cit.* p. 298 y C. MANN, *op. cit.* p. 272.

20. Cf. G. L. GREGORI, «L'amministrazione degli spettacoli e delle caserme» en A. GABUCCI (Ed.), *Il Colosseo*, Milán, 1999, p. 55. A. T. FEAR, «Status symbol or leisure pursuit? Amphitheatres in the Roman world», *Latomus*, 59, 2000, pp. 86-87 afirma que el *munus* se extendió tanto por el Imperio porque era muy popular entre la gente, más que por el impulso imperial que lo usaba para romanizar todo el Imperio o el deseo de esas comunidades por «mostrarse romanos»; era algo entretenido y eso le llevó al éxito.

El libro ha quedado estructurado en trece capítulos, precedidos de una introducción a modo de prólogo. Su contenido es el siguiente: el primero trata del origen de la gladiatura y del deporte espectáculo de masas; el segundo, de la violencia y pasión por los juegos de gladiadores; el tercero, de la educación y el entrenamiento de los gladiadores en el *ludus*; el cuarto, de la guerra y el *munus*; el quinto, de las mujeres gladiadoras; el sexto, de las reformas de Augusto en los *munera*; el séptimo, de las formas de morir de los gladiadores; el octavo, de la profesión del gladiador en *Mauritania Tingitana*; el noveno, de la etapa final de los *munera et venationes* en *Lusitania*; el décimo, de la diosa *Némesis* y su culto en los anfiteatros de *Hispania*; el undécimo, de la corrupción en los *Ludi Romani*; el duodécimo, de la propaganda electoral en los *Ludi Romani*; y el décimo tercero, de los juegos romanos y el Concilio de Elvira. Cada capítulo lleva al final o en notas a pie de página la bibliografía utilizada, por lo que no he considerado oportuno incluir una bibliografía general al final del libro. Como colofón, si incluimos, por orden alfabético, el léxico de la gladiatura más utilizado a lo largo del texto.

Solo me resta agradecer a la Editorial de la Universidad de Granada y a su Directora, Maribel Cabrera, el haber aceptado publicar esta recopilación de trabajos en esta serie de la *Colección Historia* dirigida por el Dr. D. Rafael Peinado Santaella, así como a José Antonio Murciano por su paciencia y entusiasmo porque este trabajo se publicara.

Mauricio Pastor Muñoz

CAPÍTULO I

Munera gladiatorum.

Origen del deporte espectáculo de masas¹

LOS HISTORIADORES del deporte coinciden en establecer que el fenómeno que llamamos «deporte espectáculo de masas» se inicia en los albores del siglo XX. Sociólogos, economistas y filósofos² consideran esta fecha inamovible³. Para todos ellos, las diferentes formas de deporte, que antes se dieron en la historia, no pueden considerarse «deporte espectáculo de ma-

1. Este trabajo fue publicado con el mismo título en *Florentia Iliberritana*, 21, 2010, pp. 291-321. Figuraba como coautor, mi doctorando, Alfonso Mañas Bastida. Se enmarca en el Grupo de Investigación HUM-865 de la Junta de Andalucía, del que soy responsable.
2. Cf. K. HEINEMANN, *Introducción a la economía del deporte*. Barcelona, 1998, p. 19; S. ROTHENBERG, «The Baseball Player's labor-Market», *Journal of Political Economy*, 64, 1956, p. 3; C. DIEM, *Historia de los deportes*, Barcelona, 1966, p. 133; R. MANDELL, *Historia cultural del deporte*, Barcelona, 1986, p. 193; J. M. CAGIGAL, *Deporte: espectáculo y acción*. Barcelona, 1981a, p. 44; IDEM, *¡Oh Deporte!* Valladolid, 1981b, p. 51.
3. S. ROTHENBERG, *Op. Cit.* p. 3: «En lo que llevamos de década [de los 1950s] el mercado laboral de los jugadores de béisbol [en USA] ha alcanzado un nivel de desarrollo económico sin precedente. Podríamos ciertamente decir que hemos entrado en una nueva etapa del deporte»; C. DIEM, *Op. Cit.* p. 131: «[a principios del siglo XX] la vida americana ha influido en un sentido al deporte: ha aparecido una industria en el campo de las diversiones que se ha enseñoreado del deporte; con ello se estimuló la afición a los espectáculos»; J. M. CAGIGAL, *Op. Cit.* 1981a, p. 44: «podemos plantearnos en el último cuarto del siglo XX ... que acaso hayamos iniciado un nuevo periodo del deporte... en el que aparecen otras funciones... como gran espectáculo, política... los cuales nos sitúan ante un deporte mucho más variado, gigantesco, multifuncional»; R. MANDELL, *Op. Cit.* p. 193: «[Desde la década de 1890s] los nuevos deportes americanos [béisbol, baloncesto, fútbol americano] dieron un tremendo impulso al deporte espectáculo»; K. HEINEMANN, *Op. Cit.* p. 19: «Desde la década de 1950 en adelante podemos hablar de un nuevo tipo de deporte, más espectacular y masivo en su seguimiento, representado, por ejemplo, por las grandes sumas de dinero que movía entonces el béisbol en USA, con contratos espectaculares a jugadores.» La fecha puede variar en función del país que se estudie. Así, el mismo C. Diem que cita 1907 como inicio del deporte espectáculo (*Op. Cit.* p. 131) advierte que en el caso de Inglaterra (con su liga de fútbol y copa) este nuevo tipo de deporte ya se daba hacia 1880 (*Op. Cit.* p. 86). En el caso de España no podemos hablar de deporte espectáculo de masas hasta los años 1920s, cuando el fútbol tiene ya una fuerza mayor (Cf. F. CALATAYUD, *De la gimnasia de Amorós al deporte de masas*, Valencia, 2002, p. 34);

sas» porque carecen de los rasgos que definen dicho deporte. Sin embargo, en nuestra opinión, el deporte gladiatorio posee muchos de esos rasgos, lo que nos permite adelantar su aparición al siglo I de nuestra era, o incluso antes.

Los rasgos que definen el deporte espectáculo de masas son los siguientes:

- La dimensión del espectáculo es muy alta⁴.
- Es seguido por una enorme masa de gente de manera regular⁵.
- Se siente atraído por un gran número de espectadores.
- Existe un sistema económico asociado a ese deporte⁶.
- Los deportistas son producto de consumo de la masa⁷.
- Existe un recinto diseñado especialmente para su contemplación⁸.
- Participación de la mujer.

Veamos, en primer lugar, las diferencias entre «deporte», «deporte espectáculo» y «deporte espectáculo de masas».

- *Deporte*: hay un reglamento, hay voluntariedad (por parte de quien lo practica) y hay impredecibilidad del resultado. Así pues, deporte puede ser una «pachanga» con los amigos, pero no hay espectáculo.
- *Deporte espectáculo*: resulta especialmente vistoso a los ojos del espectador (por ejemplo, el judo o el kárate) pero no hay una masa que lo siga.
- *Deporte espectáculo de masas*: cumple los 2 conceptos anteriores, pero aquí la dimensión del espectador se magnifica y se convierte en una masa ingente que sigue de continuo la evolución de dicho deporte, como ocurre con el fútbol en nuestra sociedad, o el fútbol americano o el béisbol en la estadounidense.

Teniendo en cuenta esto ¿por qué no se pueden considerar deporte espectáculo de masas algunas de las formas de deporte que se dieron antes del deporte gladiatorio, como el deporte en Mesopotamia o en Egipto, o más aún el deporte en Grecia, como los Juegos Olímpicos?

E. BETANCOR, *De Spectaculis: Ayer y hoy del espectáculo deportivo*, Madrid, 2001, p. 55, también da el siglo XIX como la fecha a nivel internacional.

4. C. DIEM, *Op. Cit.* p. 131; J. M. CACIGAL, *Op. Cit.* 1981a, p. 44; IDEM, 1981b, p. 51.

5. C. DIEM, *Op. Cit.* p. 133; J. M. CACIGAL, *Op. Cit.* 1981a, p. 50; R. MANDELL, *Op. Cit.* pp. 193-194.

6. K. HEINEMANN, *Op. Cit.* p. 19; S. ROTHENBERG, *Op. Cit.* p. 3.

7. C. DIEM, *Op. Cit.* p. 133; K. HEINEMANN, *Op. Cit.* p. 19; S. ROTHENBERG, *Op. Cit.* p. 3.

8. C. DIEM, *Op. Cit.* p. 132; R. MANDELL, *Op. Cit.* p. 195.

En el caso de las épocas anteriores, la exclusión del deporte griego se justifica fácilmente, puesto que sabemos que eran practicadas y seguidas por grupos minoritarios, especialmente por las elites aristocráticas, muy exiguas en número⁹; además, se realizaban en cualquier lugar y no existía un recinto específico para su realización¹⁰ y tampoco tenían un sistema económico asociado¹¹.

En el caso de Grecia, concretamente en los Juegos Olímpicos, sí tenemos una masa de seguidores mayor, un recinto específico¹² y un sistema económico asociado. Pero aún así tampoco podemos considerar esta forma de deporte olímpico como deporte espectáculo de masas, por las siguientes razones:

1. Evidentemente, los Juegos Olímpicos son deporte y espectáculo, pero no había una masa de espectadores que los siguiese tal y como entendemos hoy día. Solamente se realizaban durante una semana cada cuatro años, por lo que tampoco podemos considerarlos como una congregación puntual de gente.
2. Además, los Juegos Olímpicos y el deporte griego, en general, carecían de un sistema económico asociado complejo. Sí existían apuestas y premios para los deportistas, pero no había un mercado de deportistas, ni el estado cobraba impuestos sobre la actividad deportiva, como sabemos que ocurría en el deporte gladiatorio romano y en el deporte actual.
3. Los deportistas griegos que participaban en los Juegos Olímpicos tampoco eran producto de consumo de la masa, como ocurría con los gladiadores romanos y con los deportistas actuales. En síntesis, el deporte griego no se hacía en función de la masa que asistía, sino que los asistentes se amoldaban al espectáculo ofrecido, puesto que se trataba de un asunto religioso que nunca hizo concesiones a la masa en sus más de 1.100 años de historia (776 a. C. - 393 d. C.).

Por su parte, en los *munera gladiatorum*, sí aparecen todos estos elementos: los juegos se celebran casi todos los días del año, el *munus* era un sistema económico en sí mismo, los *gladiatores* eran productos de consumo de la masa; de hecho, la dimensión misma de masa adquiere una magnitud completamente nueva con el *munus*: de los aproximadamente 20.000 espectadores diarios durante la semana de los Juegos Olímpicos, se pasa a los

9. Cf. R. MANDELL, *Op. Cit.* p. 16.

10. C. DIEM, *Op. Cit.* p. 20; R. MANDELL, *Op. Cit.* p. 17.

11. R. MANDELL, *Op. Cit.* pp. 17-22.

12. Los estadios griegos estaban diseñados para la realización de los deportes, pero no para que los presencien y disfruten de ellos una gran masa de espectadores, como ocurre en los anfiteatros romanos.

85.000 del Coliseo o a los 250.000 diarios del *Circus Maximus*¹³ y durante casi todos los días del año¹⁴.

En este sentido, disponemos de un número considerable de textos o fuentes que evidencian que los rasgos del deporte espectáculo de masas ya se daban en el deporte gladiatorio. Dichos rasgos se daban a niveles tan altos que no se igualarían ni con el nacimiento del deporte espectáculo de masas en el siglo XX, sino que éste debería evolucionar algunas décadas para igualar el grado de desarrollo alcanzado en época imperial romana¹⁵.

TEXTOS QUE ALUDEN AL SISTEMA ECONÓMICO DEL DEPORTE GLADIATORIO

El proceso por el cual la gladiatura evoluciona desde las primeras prácticas fúnebres (siglo III a. C) hasta el deporte espectáculo de masas económicamente desarrollado en que se convirtió fue el siguiente: inicial-

13. Los *Catálogos Regionarios* de la época constantiniana describen al edificio como *Amphitheatrum qui capet loca LXXXVII* (anfiteatro con capacidad para 87.000 localidades). El desconocido autor de los catálogos quiso así hacer referencia al aforo de este edificio, excepcionalmente grande para tratarse de un anfiteatro, pero nada en comparación con los 250.000 espectadores que acogía el *Circus Maximus*. Sobre la capacidad de los anfiteatros y concretamente del Coliseo cf. principalmente, P. COLAGROSSI, *L'anfiteatro Flavio nei suoi venti secoli di storia*, Florence, 1913; G. COZZO, *Il Colosseo: Anfiteatro romano*, Roma, 1971; M. L. CONFORTO, y A. M. REGGIANI, (Eds.): *Anfiteatro Flavio: Immagine, testimonianze, spettacoli*, Roma, 1988; J. C. GOLVIN, *L'amphitheatre romain: Essai sur le theorisation de sa forme et de ses fonctions*, París, 1988, pp. 173-180; J. C. GOLVIN y C. LANDES, *Amphitheatres et gladiateurs*, París, 1990; E. GUNDERSON, «The Flavian Amphitheatre: All the World as Stage,» en A. J. BOYLE y D. W. J. DOMINIK, (eds), *Flavian Rome: Culture, Image, Text: 637-658*. Leiden: Brill, 2003.
14. El año 80 se inauguró el anfiteatro Flavio con 100 días seguidos de *munera*, en el 106 Trajano celebró su victoria sobre la Dacia con 123 días seguidos de juegos gladiatorios, en 109 ofreció *munera* durante 117 días consecutivos, en el 248, el milenio de la urbe se conmemoró con un centenar de días seguidos de *munera*. Pero estos solo eran *munera* extraordinarios a los que había que sumar los *munera* ordinarios. En conclusión, L. FRIEDLÄNDER, «Roman Life and Manners Under the Early Empire», traducción de J. H. FREESE y L. A. MAGNUS, 4 vols., New York: Barnes and Noble, of *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms in der Zeit von August bis zum Ausgang der Antonine*, 1865 [1965], 2, p. 11, dice: «el número de días que cada año se dedicaban a los combates gladiatorios no puede calcularse en ninguna época, ya que a los espectáculos ordinarios (fecha fija) había que añadir los extraordinarios, cuyo número era incalculable.»
15. Por ejemplo, la capacidad del anfiteatro Flavio no fue superada por ningún recinto similar hasta 1923, cuando se inauguró el estadio de Wembley (con capacidad para 127.000 espectadores). No obstante, ningún estadio actual o recinto cerrado de hoy día se acerca ni de lejos a los 250.000 espectadores que podía alojar el *Circus Maximus*, sede habitual de los combates de gladiadores.

mente los romanos heredaron de los etruscos la costumbre de enfrentar a espada a esclavos o prisioneros de guerra sobre la tumba de un familiar muerto, en la creencia de que el alma del difunto se beneficiaba de la sangre del caído¹⁶. Pero al cumplir con esta obligación para con el difunto, advirtieron que los testigos que contemplaban tal ceremonia la encontraban interesante, que les gustaba asistir a ese espectáculo, por lo que quien organizaba el sacrificio (*munus*) se ganaba el favor de dichos testigos. En consecuencia, la costumbre de ofrecer *munera* se generalizó, lo que elevó lógicamente la demanda de esclavos, sobre todo, de aquellos que supiesen usar el *gladius*. Surge entonces el *lanista*, un individuo que enseña a sus esclavos a luchar como *gladiatores*. El *lanista* gana dinero alquilando sus *gladiatores* a los *editores*. Luego, en un momento determinado, el *lanista* decide dar parte del dinero que recibe a aquellos de sus *gladiatores* que mejor combaten (lo que los motiva a dar más espectáculo, lo que hace que obtengan aún más beneficio). El *editor* también decide hacer lo mismo: dar premios a los mejores *gladiatores* para fomentar que su espectáculo sea lo más vistoso posible, por lo que los luchadores se motivan todavía más para dar mayor espectáculo. El público, por su parte, también decide dar dinero y fama a los mejores¹⁷.

De esta forma los gladiadores comienzan a ganar dinero, por lo que hay hombres que empiezan a meterse a *gladiatores* voluntariamente¹⁸. Aparte de estos hay también amateurs, que luchan voluntariamente solo por conseguir fama. En ambos casos reciben el nombre de *auctorati*.

16. Tertuliano, *De Spectaculis* 12.1–4 dice al respecto: «Aún queda por examinar el más prominente y destacado espectáculo de todos. Es llamado *munus* («obligación») por ser un *officium* («deber»), pues *munus* y *officium* son sinónimos. Los antiguos etruscos creían que estaban cumpliendo una obligación para con el muerto mediante este tipo de espectáculo, al haber ellos atemperado el carácter del difunto mediante una forma de crueldad más refinada. Pues en tiempos ya muy pasados, según la creencia de que las almas de los muertos se veían beneficiadas por la sangre humana, ellos solían tomar cautivos o esclavos de habilidad inferior y se los sacrificaban a ellos en los funerales. Tiempo después prefirieron enmascarar esta impiedad haciendo de ella un placer... así los vivos encontraban consuelo para la muerte en el asesinato. Tal es el origen de la competición gladiatoria.» En el mismo sentido escribe Servio, *Sobre la envidia* 10, 319: «Ciertamente, era la costumbre matar a cautivos en las tumbas de hombres poderosos. Dado que esto, en tiempos posteriores, pareció cruel, se decidió que fuesen gladiadores los que lucharan ante la tumba, gladiadores que fueron llamados *bustuarii* por las tumbas (*busti*) junto a las que combatían.»
17. Durante la vuelta al ruedo, el *gladiator* vencedor recogía las monedas y premios que el público le lanzaba desde las gradas (cf. Suetonio, *Calígula*, 32,5: «y entonces dio la vuelta con la palma, como hacen los vencedores».
18. Solo podemos considerar a la gladiatura como deporte en el caso de individuos que se enfrentaban voluntariamente. En el caso de esclavos, criminales y prisioneros que eran forzados a luchar como *gladiatores* no podemos considerar que esos combates fuesen deporte.

Durante la República tardía, los gladiadores ya se habían convertido en profesionales consolidados. Recibían premios y existían contratos que estipulaban el dinero que recibían por cada combate. Eran luchadores con armas especializadas y se entrenaban para realizar mejor esa destreza. Los mejores estaban más cotizados que el resto. Los gladiadores arriesgaban la vida pero tenían la opción de ganar dinero y prestigio. Los *auctorati* ya eran libres, por lo que ganar la libertad no era lo que les llevaba a ejercer la gladiatura, sino ganar dinero, fama, o incluso, influencia política.

Como ocurre hoy día, por ejemplo, en el fútbol, en la gladiatura romana, los profesionales ya famosos se compraban y vendían; existía, por tanto, un «mercado de gladiadores». Normalmente, el gladiador pertenecía a un *lanista*, pero también podía ser autónomo y alquilar sus servicios por sí mismo. El *editor* negociaba con el *lanista*, pero también podían los *editores* adquirir los *gladiatores* mediante subasta pública. La subasta más famosa la hizo Calígula, como sabemos por Dión Casio:

... parecía que estaba (Calígula) necesitado de dinero, por lo que ideó otra manera de obtener fondos, fue la siguiente: vendía a un valor excesivo a los supervivientes de los combates de gladiadores a los cónsules, pretores y otros, no solo a compradores deseosos de comprar, sino también a otros que eran obligados muy contra su voluntad a dar tales espectáculos en los juegos, y en particular, él los vendía a hombres especialmente elegidos a suertes para hacerse cargo de tales espectáculos (pues él había ordenado que dos pretores debían ser elegidos a suertes para hacerse cargo de los juegos gladiatorios, tal y como había sido antes costumbre. Y él mismo se sentaba sobre la tarima del subastador y se mantenía elevando las pujas. Muchos venían también de fuera para presentar pujas rivales, pues él permitía que quien lo deseara usase más gladiadores del mínimo impuesto por ley. Así que la gente los compraba por grandes cantidades, algunos porque realmente los querían, otros con la idea de placer a *Gaius*, y la mayoría, formada por aquellos que tenían fama de ricos, guiados por tener con esto excusa para gastar parte de su riqueza y así, volviéndose un poco más pobres, salvar sus vidas¹⁹...

En cierta ocasión, según cuenta Suetonio, un tal Saturnino se durmió durante una de estas subastas y, al cabecear dormido, compró 30 gladiadores por 9 millones de sestericios (unos 18 millones de euros):

En una subasta Calígula vendió lo que le quedó de todos los espectáculos, solicitando personalmente las pujas y manteniéndolas tan altas que algunos que fueron forzados a comprar, viéndose así despojados de sus posesiones, se abrieron las venas. Un incidente famoso es el de *Aponius Saturninus*; se quedó dormido en uno de los bancos y, como el subastador estaba advertido por *Gaius* de no parar la subasta mientras alguno de los caballeros se mantuviese hacién-

19. Dión Casio, 59,14, 1.

dole gestos con la cabeza y *Saturninus* no paraba de dar cabezazos de vez en cuando, al estar dormido en su silla, la puja no paró hasta que 30 gladiadores fueron adjudicados al inconsciente durmiente por 9 millones de sestercios²⁰.

Y es que el mundo del anfiteatro movía cantidades exorbitantes de dinero, habiéndose convertido ya para el reinado de Calígula en uno de los pilares de la economía imperial. Así, sabemos por la *Historia Augusta*, que Adriano, antes de ocupar la púrpura imperial, tuvo que pedir millones de sestercios para organizar unos juegos:

Adriano era verdaderamente grandioso cuando concedía espectáculos. Cuando lo hicieron pretor obtuvo de Trajano 4 millones de sestercios para organizar juegos... está claro que siempre cayó simpático a Plotina... y esto se vio claramente cuando ella murió; cuántos juegos de gladiadores ofreció para honrar la memoria de ella²¹.

El emperador Marco Aurelio, que no era partidario de ofrecer *municipalia*, sin embargo, no se planteó abolirlos, sobre todo, porque eso hubiese tenido consecuencias nefastas para la economía del Imperio, al igual que ocurriría hoy día si prohibiésemos el fútbol u otros espectáculos de masas. Muchos miembros de la alta sociedad tenían invertidas en el negocio gladiatorio grandes sumas en escuelas de gladiadores (*ludi*) o en la compra de gladiadores o fieras para el anfiteatro²², lo que garantizaba la permanencia del deporte gladiatorio. Además, estaba la gran cantidad de dinero que el estado ingresaba anualmente por los impuestos que gravaban la gladiatura²³, las apuestas y el comercio de gladiadores y bestias. De hecho, tanto dinero movían los juegos gladiatorios que, durante su reinado, Marco Aurelio tuvo que legislar para poner techo a los precios de los gladiadores. En el caso de los *auctorati* (gladiadores voluntarios), el cien por cien de los ingresos iba para ellos, puesto que no dependían del *lanista* y algunos, como el famoso *Hermes*²⁴, se entrenaban por sí mismos. Por su parte, los *auctorati* que tenían *lanista* sólo obtenían el 25 por ciento de lo que el

20. Suetonio, *Caligula*, 38, 4.

21. *Historia Augusta*, *Adriano*, 3, 8.

22. Sabemos por una carta de Cicerón a su amigo Ático que el propio Cicerón traficaba con fieras. Cf. Cicerón, *Atticus*, 4, 8, 2.

23. M. PASTOR MUÑOZ y H. F. PASTOR ANDRÉS, «Violencia y pasión en los juegos de gladiadores» en M. PASTOR, M. VILLENA y J. L. AGUILERA (Eds.), *Deporte y olimpismo en el mundo antiguo y moderno*, Granada, 2008, p. 173, señalan que «la ley *Oratio de pretiis gladiatorum minuendis* especifica que el impuesto gladiatorio no recaía sobre el *editor*, sino sobre el *lanista*, y que consistía en la tercera o cuarta parte de lo que cobraba el *lanista*. Por este concepto el fisco imperial solía ingresar anualmente entre 20 y 30 millones de sestercios».

24. Marcial, *Epigrammata* 5.24.

editor pagaba al *lanista* por su actuación, si eran libres y el 20 por ciento, si eran esclavos²⁵.

Ciertamente se hacía necesario poner un límite a los precios de los gladiadores, pues los *editores* se endeudaban cada vez más, peligrando la economía del negocio. Así, en la *lex gladiatoria* de Itálica podemos leer lo siguiente:

Hubo uno que al ser nombrado sacerdote dio su fortuna por perdida y convocó un consejo para que le ayudase a apelar a los emperadores. Pero en esa misma asamblea, él mismo, después de consultar a sus amigos, exclamó, «¿Qué quiero yo ahora con una apelación? Sus muy sagradas majestades los emperadores han encomendado sobre mí toda la carga que aplastará mi patrimonio. Deseo ser un sacerdote y, ya que la obligación de ofrecer un espectáculo [va con el cargo], la acepto, aunque nosotros, los sacerdotes, pedimos solemnemente ser liberados [de esa obligación]»²⁶.

Y más adelante, en la misma ley se señalan los precios de los gladiadores:

[la ley ordena] que para quienes produzcan espectáculos comprendidos en la franja de gasto [es decir, que el costo del espectáculo sea] entre 30.000 y 60.000 HS se establecen tres categorías de *gladiatores*: el precio máximo para la primera categoría será 5.000 HS, para la segunda 4.000 HS, para la tercera 3.000 HS. Que cuando el costo del espectáculo esté entre 60.000 y 100.000 HS, los *gladiatores* se dividirán entre las siguientes 3 categorías: el precio máximo para la primera categoría será 8.000 HS, para la categoría media 6.000 HS, para la más baja 3.000 HS. A continuación, que cuando [el costo del espectáculo] esté entre 100.000 y 150.000 HS, habrá 5 categorías: por un hombre de la primera categoría el precio será 12.000 HS, de la segunda 10.000, de la tercera 8.000, de la cuarta 6.000, de la última 5.000. Siguiendo en orden, finalmente, cuando [el costo del espectáculo esté] entre 150.000 y 200.000 HS o cualquier otra suma por encima de esta, el precio del *gladiator* de la categoría más baja será de 6.000 HS, el de la siguiente [categoría] superior 7.000, el de la tercera contando desde la más baja 9.000, el de la cuarta 12.000 hasta 15.000 HS que es la cantidad fijada para el *gladiator* de la más alta, y última, categoría. Que en todo espectáculo, de todas las categorías en que han sido clasificados, la mitad de los hombres que aporta el lanista no se espera que actúen en solitario, y que de estos, que se conocen como *gregarii*²⁷, uno que puede ser llamado «mejor entre los *gregarii*» [*melior inter tales*] combatirá en la arena bajo un precio fijo de 2.000 HS y que ninguno de este grupo combatirá por menos de 1.000²⁸.

25. Cf. H: DESSAU, *Inscriptiones Latinae Selectae* (= ILS), 5163, 45–6; Vid. también sobre salarios y precios, Th. WIEDEMANN, *Emperors and Gladiators*, London-New York, 1992, p. 122.

26. CIL, II, 6278, (ls.16–18).

27. Los *gregarii* también se llamaban *sub signo* y combatían en grupo (*gregatim*). Eran gladiadores que no tenían el nivel suficiente como para luchar de forma individual.

28. CIL, II, 6278: (ls. 29–37).